

cual se encontraban algunos soldados, que también se habían retrasado, mezclados con los vecinos; y al ser tomada la casa, hubo gritos, atropellos, una oleada de personas fué arrastrada hasta el muro de enfrente; aparecieron allí las faldas de una mujer, una chaqueta de hombre, pelos blancos encrespados, después se oyó una descarga de pelotón y saltó sangre hasta el coronamiento de la pared. Los alemanes eran inflexibles; toda persona cogida con las armas en la mano, que no perteneciese á los ejércitos beligerantes, era fusilada en el acto, como culpable de haberse puesto fuera del derecho de gentes. Ante la furiosa resistencia del pueblo, su cólera aumentaba y las pérdidas enormes que llevaban sufriendo en las cinco horas de ataque, les hacían tomar represalias atroces. Los arroyuelos arrastraban sangre, los muertos cerraban las calles, en algunas encrucijadas había montones de cadáveres de donde salían gritos de agonía. Así es que cada casa que tomaban al asalto, la incendiaban; unos corrían con antorchas, otros echaban petróleo á las puertas y muy pronto calles enteras empezaron á arder y Bazeilles se convirtió en una hoguera.

En medio del pueblo solo quedaba la casa de Weiss, con sus persianas cerradas, semejando una fortaleza dispuesta á no rendirse.

—¡Atención! ya están aquí,—gritó el capitán.

Una descarga salida del primero y del último piso derribó en tierra á dos bávaros que avanzaban siguiendo las paredes. Los otros se replegaron y se emboscaron en los recodos de la calle y el sitio de la casa empezó en toda regla; fué tal lluvia de balas lanzada contra ella, que parecía un huracán de granizo. Durante diez minutos aquel fuego no cesó, agujereando las paredes sin causar daño. Pero uno de los hombres que el capitán tenía en el granero,

cometió la imprudencia de asomarse y recibió un balazo en la frente.

—¡Uno de menos!—dijo el capitán.—¡Tengan cuidado, que somos pocos para hacernos matar por capricho!

Había cogido un fusil y tiraba, amparado detrás de una ventana. Lorenzo, el jardinero, le causaba admiración. De rodillas, con el cañón de la escopeta apoyado en una rendija, no disparaba un tiro sin hacer blanco, anunciando de antemano el resultado.

—Al oficial, á aquel chiquitín, en el corazón...— Al otro de más lejos, el alto y flaco, entre las cejas...—A ese gordo que tiene la barba rubia y que me molesta, en el vientre...

Y á cada tiro el hombre caía, herido en el sitio señalado, y Lorenzo continuaba con mucha calma, no se precipitaba, porque necesitaba mucho tiempo para matarlos á todos.

—¡Ah! ¡si tuviese buena vista!—decía Weiss enfurecido.

Acababa de romper las gafas y estaba desesperado. Le quedaban los lentes, pero no se le sujetaban encima de las narices, tanto era lo que sudaba, y á menudo tiraba al azar, calenturiento, temblándole las manos. Un afán creciente, una pasión loca, había hecho desaparecer su calma habitual.

—No se precipite usted, no sirve para nada,—decía Lorenzo.—Mire usted, apunte con cuidado á aquel que no tiene casco, en la esquina del tendero... Muy bien, muy bien, le ha roto, usted una pata y está danzando en su propia sangre.

Weiss, un poco pálido, miraba.

—Acábele usted,—dijo á Lorenzo.

—¿Perder una bala? ¡ah! ¡no! Vale más tumbar á otro.

Los sitiadores debían haber notado aquel fuego



certero que salía del granero. No podía avanzar un hombre sin caer á tierra. Trajeron tropas frescas y dieron orden de acribillar el tejado, y desde aquel momento fué imposible sostenerse en el granero; las pizarras se rompian, las balas penetraban por todas partes, zumbando como abejas. A cada segundo, corrían peligro de morir.

—Bajemos,—dijo el capitán.—Podremos resistirnos en el primer piso.

Al dirigirse á la escalera, una bala le alcanzó en la ingle y cayó á tierra.

—¡Demasiado tarde!—dijo.

Weiss y Lorenzo, auxiliados por el soldado que quedaba, quisieron bajarle, aunque él les decía que no perdieran el tiempo ocupándose de él; tenía lo que le hacía falta y lo mismo le daba morir arriba que abajo. Sin embargo, al echarle en una cama en el primer piso, continuó dirigiendo la defensa.

—Tiren ustedes al montón, no se ocupen de los demás, mientras el fuego no cese; son demasiado prudentes para arriesgarse.

En efecto, el sitio de la casa se eternizaba. Muchas veces parecía que iba á desaparecer bajo la tempestad de hierro que la acribillaba y bajo las ráfagas, en cuanto se disipaba el humo volvía á aparecer de pie, destrozada, agujereada, escupiendo metralla por cada uno de sus boquetes. Los sitiadores, desesperados de verse detenidos tanto tiempo y de perder tanta gente delante de aquella casucha, aullaban, tiraban á distancia, sin tener valor para asaltarla y echar abajo puertas y ventanas.

—¡Cuidado!—dijo el cabo.—¡Esta persiana se cae!

La violencia de las balas acababa de arrancar una persiana de sus goznes. Pero Weiss, á escape, colocó un armario contra la ventana y Lorenzo, emboscado detrás de él, pudo continuar disparando. Un soldado había caído á sus pies con la boca des-

trozada y perdiendo mucha sangre. Otro recibió un balazo en la garganta, rodó hasta el muro y murió en un estremecimiento último. Solo quedaban ocho hombres, sin contar el capitán que, demasiado débil para poder hablar, acostado en la cama, daba aún órdenes, por medio de señas.

Lo mismo que en el granero, en los tres cuartos del primer piso, empezaba á ser imposible la situación, porque los colchones, hechos ya pedazos, no resguardaban de los proyectiles; trozos de yeso calan de los techos y de las paredes, los muebles se hacían pedazos, los costados del armario se abrían como si recibieran hachazos, y lo peor era, que iban á faltar municiones.

—¡Qué lástima!—dijo Lorenzo,—¡ahora que la cosa marcha bien!

Weiss tuvo una idea feliz.

—Aguarde usted.

Se acordó del soldado muerto en el granero. Subió y le registró para cogerle los cartuchos que debía tener. Todo un costado del tejado se había caído y vió el cielo azul, un trozo de luz que le extrañó. Para que no le mataran se arrastraba de rodillas. Después, cuando cogió los cartuchos, unos treinta, bajó corriendo.

Pero abajo, mientras repartía las municiones con el jardinero, un soldado lanzó un grito y cayó de rodillas. No eran más que siete y á poco rato quedaron reducidos á seis, pues el cabo recibió en el ojo izquierdo una bala que le hizo saltar los sesos.

Desde aquel momento Weiss no tuvo conocimiento de lo que hacía. Él y los otros cinco continuaron disparando como locos, acabando los cartuchos y sin figurarse que tenían que rendirse. En los tres cuartos el suelo estaba obstruido por trozos de muebles. Los muertos estorbaban el paso. Un herido en un rincón lanzaba gritos horribles. Un hilito de sangre bajaba por las escaleras. El aire era ya irrespi-



rable; el ambiente respirado por la pólvora, una humareda, un polvo nauseabundo; una obscuridad casi completa que atravesaban como relámpagos las llamaradas de los disparos.

—¡Demonio!—dijo Weiss,—¡traen un cañón!

Era verdad. Desesperados, viendo que no podían dominar á aquel puñado de valientes, que los retrasaban, los bávaros estaban colocando un cañón en la esquina de la plaza de la plaza de la Iglesia. Tal vez pudieran pasar al cabo, cuando hubiesen echado la casa abajo á fuerza de cañonazos. Y aquel honor que les dispensaban, aquella artillería que los apuntaba, acabó por enardecer más á los sitiados, que se burlaban despreciándolos. ¡Ah! ¡los canallas, los cobardes, con su cañón! Siempre arrodillado, Lorenzo apuntaba á los artilleros, matando un hombre de cada tiro; hasta tal punto que no pudieron servirse del cañón, y pasaron cinco ó seis minutos antes de que dispararan el primer cañonazo, demasiado alto, pues solo se llevó un trozo de tejado.

Se acercaba el fin del combate. Registraban los muertos, pero ya no quedaba ni un cartucho. Externuados, rendidos, los seis hombres buscaban á tientas para ver qué podrían tirar por las ventanas, para aplastar enemigos. Uno de ellos, que se dejó ver, vociferando, apretando los puños de rabia, recibió una descarga y quedó muerto. ¿Qué hacer? ¿Bajar, tratar de escapar por el jardín y por las praeeras? En aquel momento se oyó un tumulto abajo, una oleada furiosa subió por la escalera: eran los bávaros que habían dado vuelta á la casa, que habían echado abajo la puerta del corral invadiendo la casa. Un combate terrible empezó en las habitaciones; entre los cadáveres y los muebles destrozados. Uno de los soldados cayó atravesado de un bayonetazo en el pecho y los otros dos fueron hechos prisioneros, mientras que el capitán, que aca-

baba de lanzar su último suspiro, permanecía con la boca abierta y los brazos levantados, como para dar una orden.

Un oficial, un rubio, armado con un revólver, y cuyos ojos inyectados en sangre parecían querer salir de las órbitas, había visto á Weiss y á Lorenzo, el uno con su paletó y el otro con su chaqueta azul, y los apostrofaba en francés:

—¿Quiénes sois? ¿qué hacéis aquí?

Después, al verlos tan negros de la pólvora comprendió, los injurió en alemán, temblando de rabia. Los apuntaba ya con su revolver para matarlos, cuando los soldados á quienes mandaba se tiraron sobre ellos y los empujaron por la escalera; los arrastraron en medio de aquella oleada que echó á la calle y los hizo rodar hasta la pared cerbana de enfrente, entre un griterío tal que no se oía la voz de los jefes. Durante unos momentos mientras que el oficial rubio los sacaba de entre las garras de los soldados, para fusilarlos, pudieron ponerse en pie y ver lo que pasaba.

Otras casas ardían en Bazeilles, y el pueblo entero iba á ser convertido en hoguera. Por las altas ventanas de la iglesia salían llamaradas. Unos soldados que habían echado á una señora fuera de su casa, la habían obligado á que les entregara cerillas para pegar fuego á su cama.

Los incendios se multiplicaban; con hachones y con petróleo atizaban los bávaros el fuego, y no era más que una guerra de salvajes, enloquecidos por el furor de la lucha; fiera venganza de sus muertos, de los montones de sus muertos, sobre los cuales marchaban. Bandadas de soldados aullaban entre el humo y las chispas, en el espantoso alboroto producido por todos los gemidos, por la agonía, por los tiros, por los hundimientos. Apenas se velan; una gran polvareda subía, obscurecía el sol, se sentía un hedor insoportable de sangre y de hollín,



como preñado de las abominaciones de la matanza, de la carnicería.

Mataban aún, destruían en todos los rincones; el bruto suelto, la imbécil rabia, la locura furiosa del hombre destruyendo al hombre.

Y Weiss, por último, delante de sí vió su casa que ardía. Algunos soldados habían acudido con antorchas, otros activaban las llamas lanzando pedazos de muebles. Con gran rapidez ardió el piso bajo; la humareda salió por todos los agujeros de la fachada y del tejado. Pero ya la tintorería de al lado se quemaba, y, caso horroso, se oyó la voz de Carlitos, acostado en su cama, delirando, que continuaba llamando á su madre, mientras que las ropas de la infeliz, tendida en el suelo con la cabeza destrozada, empezaban á arder.

—¡Mamá, tengo sed!... ¡Mamá, dame agua!

Las llamas lamieron la casa, la voz se apagó, no se oyeron más que los gritos de los vencedores.

Pero por encima de los ruidos y de los clamores, se oyó un grito terrible dominándolo todo. Era Enriqueta que llegaba y que acaba de ver á su marido contra la pared, enfrente de un pelotón preparando las armas.

Se echó á su cuello.

—¡Dios mío! ¿Qué pasa? ¡No irán á matarte!

Weiss, estupefacto, la miraba. ¡Ella! ¡Su mujer tanto tiempo tiempo deseada, adorada, idolatrada! Y un estremecimiento le despertó. ¿Qué había hecho? ¿Por qué se había quedado á tirar en vez de ir á buscarla como lo había jurado? En un momento vió perdida su felicidad, la separación violenta y para siempre. Después vió la sangre que corría por la frente de su mujer, y maquinalmente, balbuceando, anonadado al volver á la realidad de la existencia, preguntó:

—¿Estás herida?... Es una locura haber venido aquí...

Ella le interrumpió:

—Yo no tengo nada, es un rasguño... Pero ¡y tú, tú! ¿Por qué te tienen aquí? ¡No quiero que te maten!

El oficial, que en medio de la calle hacía esfuerzos para que retrocediera el pelotón, se volvió al oír una discusión. Cuando vió aquella mujer abrazada á un prisionero, añadió en francés:

—¡Eh! ¡No hagamos tonterías!... ¿De dónde sale usted? ¿Qué quiere usted?

—Quiero mi marido.

—¿Su marido, ese hombre?... Ha sido condenado y tiene que hacerse justicia.

—Quiero mi marido.

—Vamos, sea usted razonable... sepárese usted, no queremos hacerla daño.

—Quiero mi marido.

Renunciando entonces á convencerla, el oficial iba á dar la orden de arrancarla de brazos del prisionero, cuando Lorenzo, callado hasta entonces, impasible, se permitió intervenir.

—Oiga usted, yo he sido el que ha matado tanta gente, y si me fusilan estamos en paz. Además, no tengo padre, ni madre, ni mujer, ni hijo... Mientras que este señor es casado... Suéltele usted, y después me ajustará usted la cuenta...

Fuera de sí, el capitán gritó:

—¡Vaya unos cuentos! ¿Se quieren burlar de mí?... ¡Vamos á ver, un hombre de buena voluntad, que se lleve á esa mujer!

Tuvo que repetir la orden en alemán, y un soldado se adelantó, un bávaro, grueso, con cabeza enorme, con barba y pelo rojos, encrespados, bajo los cuales solo se veía una nariz cuadrada y grandes ojos azules. Estaba manchado con sangre, horrible, parecido á uno de esos osos de la caverna, uno de esos animales enrojecidos con la sangre de sus presos, cuyos huesos está destrozando.



Enriquea repetía dando alaridos que desgarraban el alma.

—¡Quiero mi marido, matadme con él!

Pero el oficial decía que no era un verdugo, y se daba puñetazos en el pecho; decía que si algunos mataban seres inocentes, él no lo hacía. No había sido condenada y prefería cortarse la mano á tocarla un solo pelo de su cabeza.

El soldado bávaro se acercaba y Enriquea se pegó al cuerpo de Weiss, con todos sus miembros, alocada.

—¡No me dejes ir! ¡guárdame conmigo! ¡quiero morir contigo!...

Weiss lloraba, y sin contestar trataba de soltarse, movía sus hombros, hacía cuanto podía por deshacerse de aquella infeliz, cuyos dedos le agarraban convulsivamente.

—No me quieres ya, quieres morir sin mí... guárdame conmigo, esto los cansará y nos matarán juntos.

Había logrado desasir una de sus manos y la apretaba contra su boca, la besaba, mientras intentaba hacerla soltar la otra.

—¡No, no, quiero morir!...

Por fin logró sujetarla ambas manos. Había estado callado hasta entonces y no dijo más que una palabra:

—Adiós, querida esposa.

Y él mismo la echó en brazos del bávaro; que se la llevaba. Pugnaba por soltarse, gritaba mientras que el soldado, para calmarla, le dirigía algunas palabras. De un esfuerzo violento logró desasir su cabeza y lo vio todo.

La escena duró tres segundos. Weiss, á quien se le habían caído los lentes, quiso ponérselos inmediatamente para ver bien la muerte de frente. Retrocedió, se pegó contra la pared, cruzando los brazos y con su chaqueta hecha pedazos, aquel hom-

brón tan pacífico tenía la cara exaltada, admirable por su valor. Cerca de él, Lorenzo había metido las manos en los bolsillos. Parecía estar indignado con aquella escena cruel, de aquellos abominables salvajes que mataban los hombres á la vista de sus mujeres; se puso derecho, los miró cara á cara y les escupió con voz llena de desprecio esta palabra:

—¡Cochinos!

El oficial había hecho la señal con su espada, y los dos hombres cayeron como unas mazas, el jardinero con la cara contra el suelo, el otro, el tenedor de libros, de costado á lo largo de la pared. Este, antes de morir, tuvo una convulsión, los párpados temblones, la boca abierta para hablar aún. El oficial, se acercó, le tocó con el pie, para asegurarse si había muerto.

Enriquea lo había visto todo, aquellos ojos moribundos que la buscaban, aquel estertor de la agonia, aquella bota empujando el cuerpo. No gritó, mordió silenciosamente, furiosamente, lo que pudo, una mano que sus dientes encontraron. El bávaro lanzó un tremendo aullido de dolor. La hizo caer, estuvo á punto de aplastarla. Sus caras se tocaban, nunca debía olvidar aquella barba y aquellos pelos rojizos, manchados de sangre, aquellos ojos azules, abiertos y torcidos por la rabia.

Más tarde, Enriquea no pudo recordar lo que sucedió después. No había tenido más que un deseo, volver cerca del cuerpo de su marido, cogerle, vigilarle. Pero como ocurre en las pesadillas, se presentaban toda clase de obstáculos, deteniéndola á cada paso. De nuevo acababa de empezar el tiroteo, las tropas alemanas que ocupaban á Bazeilles, empezaron á moverse; era que llegaba la infantería de marina y el combate volvió á empezar con tal violencia, que la joven fué rechazada á la izquierda en una callejuela, con un rebaño de vecinos



despavoridos. Además el resultado de la lucha no podía ser dudoso, era demasiado tarde para conquistar de nuevo las posiciones abandonadas. Durante una media hora la infantería de marina se batió encarnizadamente, se hizo matar, se portó admirablemente; pero los enemigos continuaban recibiendo refuerzos, desbordaban por todas partes de las praderas, por los caminos, por el parque de Montivilliers. Nadie hubiera podido desalojarlos de aquel pueblos á tanta costa adquirido, donde algunos millares de los suyos habían perecido y se encontraban revueltos entre la sangre y las llamas. Ahora se consumaba la obra de destrucción, sólo había allí montones de cadáveres, miembros esparcidos y restos humeantes y Bazeilles destrozado, aniquilado se deshacía en polvo.

Por última vez Enriqueta vió á lo lejos su casita que se desmoronaba entre torbellinos de llamas. Continuaba viendo enfrente, tendido al pie de la pared, el cuerpo de su marido. Pero una nueva oleada la recogió, las cornetas tocaban retirada, fué arrastrada sin saber cómo entre las tropas que se replegaban. Entonces se convirtió en un objeto, arrastrado, empujado por una muchedumbre que chorreaba por el camino. Y no sabía nada más, se encontró en Balan, en casa de gentes desconocidas y lloraba en una cocina, la cabeza apoyada sobre una mesa.

V

Sobre la meseta de la Argelia, á las diez, la compañía Beaudoin continuaba echada entre las berzas, en el sembrado de donde no se había movido desde por la mañana. Los fuegos cruzados de las baterías del Hattoy y de la península de Iges, que

iban aumentando, acababan de matar dos hombres y no llegaba la orden de avanzar: ¿iban á pasar el día así, dejándose ametrallar sin batirse?

Los soldados no tenían ya el consuelo de hacer algunos disparos. El capitán Beaudoin había logrado hacer que cesara el tiroteo, aquel inútil tiroteo contra el bosque de enfrente, donde no debía haber quedado ni un prusiano. El sol los quemaba en aquella postura incómoda, aplastados contra tierra.

Juan notó que Mauricio había dejado caer su cabeza, la mejilla contra el suelo, los ojos cerrados. Estaba muy pálido, con la cara inmóvil.

—¿Qué te pasa?

Mauricio se había quedado dormido. Tanto aguardar y el cansancio le habían rendido, á pesar de la muerte que volaba por todas partes. Se despertó bruscamente, abrió los ojos serenos, en los que se pintó el estupor de la batalla. Nunca pudo saber cuánto tiempo había dormido. Le parecía que había salido de la nada.

—¡Calla! ¡ya es raro! ¡he dormido!.. y me ha sentido muy bien.

En efecto, no sufría tanto de la cabeza ni del costado y aquella cintura que le ceñía dolorosamente antes, efecto del miedo, no le molestaba. Se burlaba de Lapouille, el cual desde que habían desaparecido Chouteau y Loubet, estaba intranquilo, y quería ir á buscarlos. ¡Vaya una idea buena, para ocultarse detrás de un árbol y fumar una pipa! Pache decía que se habían quedado en la ambulancia donde faltaban camilleros. ¡Vaya un oficio incómodo, el de recoger heridos bajo el fuego! Después, atormentado al recordar las supersticiones de su pueblo, añadió que tocar á los muertos era de mal agüero: los que los tocaban se morían.

—¡Cállese usted, animal!—gritó Rochas,—¡acaso muere alguien!